



Francis Ghilès

Investigador sénior asociado, CIDOB

A los políticos les gusta presumir de la bonanza económica que vendrá si su país es elegido como sede de unos juegos olímpicos; y a ello normalmente añaden que, si los atletas locales ganan muchas medallas, eso motivará a muchos jóvenes a hacer deporte. En el período previo a la xxx Olimpiada, John Armit, presidente de la Olympic Delivery Authority (ODA) del Reino Unido –organismo encargado de la construcción de las instalaciones deportivas– sostuvo: «Antes de la candidatura, nuestra capital no tenía ningún velódromo cubierto, ni un estadio de atletismo moderno de primer orden, ni la clase de nuevos espacios que tiene ahora». Pero como comentó en el *Financial Times* el agudo observador de acontecimientos deportivos internacionales, Simon Kuper: «Londres no tenía esos espacios porque no los necesitaba. El estadio central de Londres todavía no tiene inquilino para el período post-juegos». En otras palabras, los políticos se engañan a sí mismos y engañan a los ciudadanos.

Sin embargo, los Juegos Olímpicos de Londres fueron mayoritariamente considerados un gran éxito. Puede que se desviaran 9.600 millones de dólares de fondos públicos en 16 días de deporte, parte de los cuales tuvieron cierto impacto económico –especialmente, en la mejora del transporte y de las instalaciones deportivas en el este de Londres. Pero el otrora pobre East End ha sufrido un vasto proyecto de reconstrucción y gentrificación que ya había empezado una generación atrás, cuando se dio el visto bueno al proyecto Canary Wharf en el este de la ciudad. Asimismo, se podría argumentar que los juegos olímpicos siguieron un guion bien diseñado. El parque olímpico –de unas 198 hectáreas y construido en un antiguo emplazamiento industrial de Stratford– se desarrolló poniendo el énfasis en la sostenibilidad.

Londres fue seleccionada como ciudad anfitriona en 2005, tras derrotar a las candidaturas de Moscú, Nueva York, París y Madrid; y se convirtió así en la primera y única ciudad sede de los juegos olímpicos modernos por tercera vez –ya que lo había sido previamente en 1908 y en 1948. La reacción, sobre todo en París, fue amarga, lo que indicó cuán aguda se ha vuelto la competencia entre los dos hermanos enemigos en las últimas décadas. Como predijeron los economistas, los juegos olímpicos no

provocaron un boom turístico, pues muchos visitantes se mantuvieron alejados de Londres por temor al bullicio y a las aglomeraciones. Spencer Dale, economista principal del Banco de Inglaterra, declaró a la agencia France Presse: «No creo que tenga un impacto sustancial en nuestras predicciones».

Así, los beneficios de los juegos olímpicos son de otra índole. En la mayoría de los países estudiados por los economistas, los juegos hacen a la gente más feliz; estimulan la autoestima. Eso también ocurre después de que los países alberguen una gran competición de fútbol. En tiempos de escasez —como era el caso de Londres en 1948, justo después del final de la Segunda Guerra Mundial, y lo fue en 2012, cuando el Reino Unido y el resto de Occidente estaban saliendo de una penosa crisis financiera y económica— los juegos hacen que las personas se sientan más felices. Simon Kuper lo sintetiza de la siguiente manera: «Ser el anfitrión de una Copa del Mundo o de unos juegos olímpicos es como ser el anfitrión de una fiesta. Es divertido. La mayoría de la gente que viene lo pasa bien y se va sintiéndose más conectada con los demás. Pero no organizas una fiesta para ganar dinero. Sólo te cuesta dinero. Tienes que comprar la cerveza, después de todo». Visto así, aquellos 9.600 millones de dólares probablemente valieron la pena. En cierto modo, los juegos fueron como el 60 aniversario del acceso de la Reina Isabel II al trono, una ocasión para una gran fiesta.

Por supuesto, siempre existe el riesgo de que las cosas vayan mal, como tal vez está ocurriendo en Brasil. Parece que los brasileños están perdiendo felicidad antes de los juegos, al darse cuenta de que las transferencias de dinero van de los contribuyentes brasileños a la FIFA, a los clubes de fútbol brasileños y a las empresas constructoras pagadas por edificar las nuevas instalaciones olímpicas. Por su parte, Londres fue en conjunto un caso afortunado, pues la ceremonia de apertura que conmemoraba la historia del Reino Unido fue muy aclamada —una combinación de los Sex Pistols con la Reina Isabel II de Inglaterra volando en una misión con James Bond, unido al sentido del humor, supuestamente muy inglés. Sin embargo, no hay que olvidar que 24 horas después de la concesión de los juegos a Londres, la buena noticia para esta ciudad se vio ensombrecida por los atentados con bombas en su sistema de transporte.

El coste de financiación de los juegos fue independiente del coste de construcción de las instalaciones e infraestructuras y de rehabilitación del terreno para el Parque Olímpico. Estos dos últimos se cubrieron en gran medida con dinero público mientras el coste del primero fue financiado de forma privada. El presupuesto original para el gran evento se multiplicó casi por cuatro y llegó a 15.280 millones de dólares, un hecho nada atípico en este tipo de grandes proyectos. Sin embargo, la conciencia de que unos juegos olímpicos son un negocio muy costoso va en aumento. En las últimas décadas, sólo megaciudades han ganado el concurso para organizarlos. Las capitales más pequeñas —como Madrid— han salido perdiendo. La predicción que hicieron los gobiernos japonés y coreano —antes de la Copa del Mundo de 2002— según la cual el torneo impulsaría sus economías con 26.000 millones y 9.000 millones, respectivamente, hoy parecería una broma. De ahí que el enfoque de los Juegos Olímpicos de Tokio en 2020 haya sido en conjunto más modesto.

Más allá de dilucidar si los juegos olímpicos son costosos de organizar o si logran que los anfitriones se sientan más felices, por supuesto que sí ayudan a sacar brillo al nombre de la ciudad como marca. Sin duda, Londres hoy, con su cosmopolita mezcla de ciudadanos –sin parangón con ningún otro lugar de Europa–, es la ciudad más influyente del continente, compartiendo la misma liga que Nueva York, Shanghai y Bombay. Con un sector financiero que da empleo a 150.000 personas y alojando a 40.000 periodistas, Londres presume de precios de la vivienda en alza, pero también de que 32.000 personas asisten al teatro cada noche. A algunas de sus figuras destacadas les gusta pensar en el Londres moderno como el verdadero heredero de la antigua Grecia, con la ayuda de un idioma –el inglés– que es la lingua franca del mundo moderno. Al igual que su antecesor, se beneficia del Estado de derecho y, al igual que la Florencia renacentista, ha construido triunfos artísticos sobre su éxito económico. Puede que esta visión de Londres resulte algo arrogante, un poco condescendiente, pero es una visión compartida más allá de las orillas del Támesis. Conscientemente o no, el éxito de los juegos olímpicos de 2012 ha sido parte del mito y de la realidad de toda gran ciudad.

Traducción: Ester Jiménez

